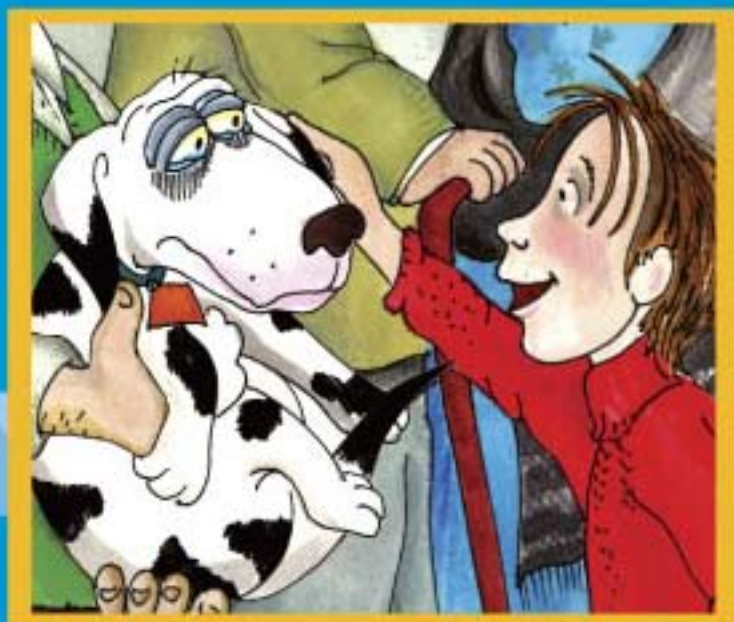


La democracia y un perro blanco con manchitas negras

Morelos Torres Aguilar

Como los gorilas

Jesús Durán Méndez



3° CONCURSO
DE TITULACIÓN Y CATEGORÍA
2 0 0 7

INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL



3



3^{er} CONCURSO
DE TESIS, ENSAYO Y CUENTO
2 0 0 3

INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

La democracia y un perro blanco con manchitas negras

Morelos Torres Aguilar

Como los gorilas

Jesús Durán Méndez



INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

DIRECTORIO

JAVIER SANTIAGO CASTILLO Consejero Presidente

EDUARDO R. HUCHIMAY Consejero Electoral

RUBÉN LARA LEÓN Consejero Electoral

ROSA MARÍA MIRÓN LINCE Consejera Electoral

MARÍA ELENA HOMS TIRADO Consejera Electoral

JUAN FRANCISCO REYES DEL CAMPILLO LONA Consejera Electoral

LEONARDO VALDÉS ZURITA Consejero Electoral

ADOLFO RIVA PALACIO NERI Secretario Ejecutivo

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS ANTE EL CONSEJO GENERAL

SERGIO MUÑOZ CAMBRÓN (Propietario), Partido Acción Nacional

JOSÉ CARLOS TREJO SALAS (Suplente)

VICENTE GUTIÉRREZ CAMPOSECO (Propietario), Partido Revolucionario Institucional

JOSÉ LUIS DOMÍNGUEZ SALGUERO (Suplente)

RENÉ ARCE ISLAS (Propietario), Partido de la Revolución Democrática

FROYLÁN YESCAS EDILLO (Suplente)

ERNESTO VILIARREAL CANTÚ (Propietario), Partido del Trabajo

ADRIÁN PEDRO CORTES (Suplente)

JORGE LEGORRETA ORDORICA (Propietario), Partido Verde Ecologista de México

ZULY FERIA VALENCIA (Suplente)

ELIAS CÁRDENAS MÁRQUEZ (Propietario), Convergencia

GABRIEL LUGO GARAY (Suplente)

COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

ROSA MARÍA MIRÓN LINCE Presidenta

LEONARDO VALDÉS ZURITA Integrante

MARÍA ELENA HOMS TIRADO Integrante

Encargado del despacho de la Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral

y Educación Cívica: JOSÉ LUIS BARAJAS MARTÍNEZ

Editor: Valentín Almaraz Moreno, subdirector de Diseño y Producción de Materiales

Corrección de estilo: Nilda Ibarguren, técnica especializada «A»

Diseño y formación: Alberto Nava, jefe del departamento de Diseño

Autores: Morelos Torres Aguilar y Jesús Durán Méndez

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal
Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica
Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan
14386 México, D.F.
www.iedf.org.mx

Primera edición, diciembre de 2003

ISBN: 968-5505-53-5

Impreso y hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

**La democracia
y un perro blanco
con manchitas
negras 9**

**Como
los gorilas 35**

La
DEMOCRACIA
Y UN PERRO
BLANCO
con manchitas
NEGRAS

Morelos Torres Aguilar

Y

A Leonardo, estilo perro chato, él sabe por qué

ust



eddes dirán:

¿qué tiene que ver algo tan serio como la democracia, con un perro blanco que por encima tiene manchitas? Bueno, voy a intentar explicarlo, aunque me disculpo desde ahora por si algunas cosas se me escapan: mi memoria no es tan buena, y mi escritura menos, porque sólo le había escrito dos cartas de amor y un poema a una chica bonita pero muy orgullosa que se llama Aurora y se sienta en la primera fila del salón de clase. Es tan pesada que ni siquiera me mira; hasta alza más su nariz respingada cuando me acerco a ella, qué les parece.

Pero bueno, todo empezó con un perro chato amigo mío, llamado *Firpo*. Dicen que le pusieron ese nombre en honor a un boxeador muy famoso de principios del siglo pasado, al que admiraba mucho el abuelito de Felipe. El caso es que *Firpo* llegó un día, cuando yo era más chico, a la calle donde vivo, con sus orejas puntiagudas y sus ojos muy negros, y de inmediato nos conquistó a todos.



Todavía no sé cómo le hizo, cuál fue su truco o su secreto. ¿Qué nos gustó de él desde el principio? ¿Sería la manera en que se aplastaba contra el suelo, cuando caminaba hacia uno deslizando sus patitas mientras zarandeaba todo el cuerpo y agitaba furiosamente la robusta cola? ¿Sería la forma en que torcía los labios hacia arriba, la lengua de fuera, como si sonriera?

El caso es que le pusieron *Firpo*, y creo que nunca le faltó comida.

Que si la señora de los tamales le daba un poco de pollo; que si el señor de la carnicería le tiraba unos pellejos; que si el panadero le daba una pieza de pan de dulce que se le había endurecido; o hasta uno mismo, me acuerdo, cuando salía a la calle, le tiraba lo que podía: un pedacito de pan, un hueso que había sobrado del caldo, o, de perdida, le hacía un cariñito en la ancha cabeza arrugada.

El perro no le hacía el feo a nada. Igual recibía un pedazo de carne que un plátano, y se lo tra-



gaba de un bocado. Todos lo aceptamos de forma natural. En realidad ni siquiera hablábamos de él; yo digo que era como una figura de decoración, como las tiritas verdes de esas que se ponen en las navidades para que se vean más animadas las casas y más luminosa la calle. Era como una especie de adorno que lo llenaba a uno de alegría.

Pero no nos habíamos dado cuenta de la importancia de *Firpo*. Así sucede. Dice el abuelito de Felipe: “Nadie sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido”. Y así ocurrió.

Una tarde, cuando regresaba de la escuela, me di cuenta de que frente a la casa de Manuel, el cojito, se había juntado gran cantidad de gente. Sentí mucha curiosidad, siempre la siento; por eso mi mamá dice que soy bien chismoso.

Allí estaban los gemelos del 87, la señora de los tamales, el carnicero, Manuel, Felipe, la viejita de la cara torcida que vive junto a la papelería, y no sé cuánta gente más, hablando todos al mismo tiempo, que ni se les entendía.

—Oigan —dijo el abuelito de Felipe, que se llama don Silvino, y que



también estaba allí, recargado en la pared, con los pantalones pintados por la cal que habían puesto no hace mucho los papás de Manuel en las paredes para que su casa se viera limpia—. Oigan, si hablamos todos a la vez, no va a haber forma de ponerse de acuerdo. Vamos hablando uno por uno, ¿les parece?



Pensaron que era una buena idea. Entonces le dieron la palabra a la señora de los tamales, Marcela, porque decían en voz baja que ella era la única que sabía bien lo que había pasado allí.

—Para los que acaban de llegar, se lo voy a decir claro: se llevaron a *Firpo*.

—Oiga, seño Marce, no lo suelte así nomás. ¿Cómo que se lo llevaron?

—¿Quién? ¿Cómo? —dijo el papá de Manuel.

—Pues como lo oyen. Vinieron tres muchachos vestidos de color como caqui, yo los vi, en una camioneta con una jaulota de alambre. Y así, miren, rapidísimo, nomás bajaron, tomaron al perro con un palo que tenía como una cuerda en la punta, y que se lo suben a la camioneta.



Sentí que un golpe de coraje me bajaba y me subía por el cuerpo. Creo que todos lo sentimos. Los gemelos meneaban la cabeza; Ramón, el muchacho grandote, golpeaba un árbol con el puño; hasta la viejita de la cara torcida torció la boca más que nunca.



—Y a poco usted no hizo nada...

—dijo el carnicero.

—Pues claro que sí... les grité que no se llevaran el perro, que aquí era de todos, que lo soltaran; pero ni modo de salir corriendo detrás de ellos, ¿verdad? Ni modo de dejar aquí el tambo con los tamales. Tocó la mala suerte de que a esa hora no pasara nadie. Eran como las once, y ni un

alma, cuando que siempre está llena de gente la calle. La mala suerte.

Se empezaron a alborotar. Había sido cosa de la delegación, dijeron varios. Otros le echaban la culpa a los del Antirrábico.

—Pero si el pobre de *Firpo* no le hace mal a nadie —me acuerdo que dije. Nadie me hizo caso. La verdad es que sí imponía un poco verlo. Decían que tenía cruza con *bulterri*, y que por eso era tan chato, con esa cabeza ancha y la frente llena de arrugas, como si siempre estuviera preo-

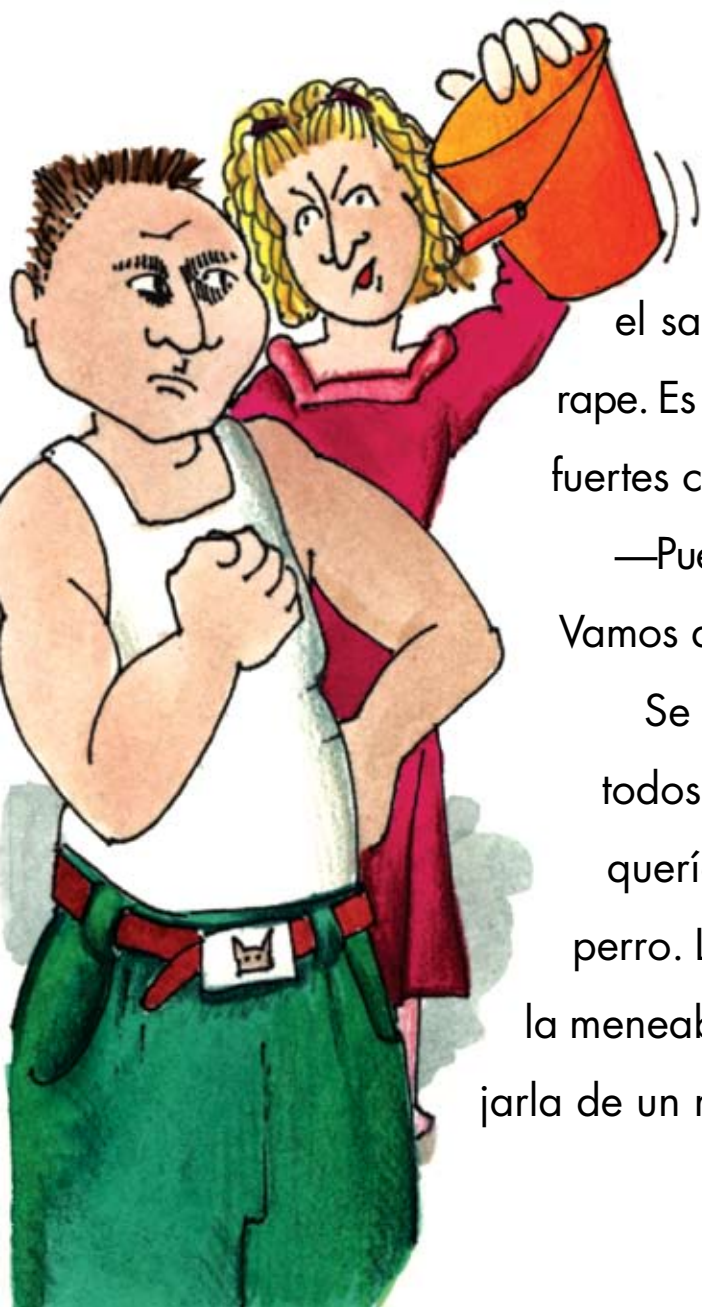
cupado. Pero era el perro más tranquilo que yo había conocido. Nunca lo oí ladrar. Sólo le salían de la garganta aullidos chiquitos al ponerse a

perseguir la pelota cuando jugaba futbol con nosotros. Porque hasta eso, no era malo jugando futbol.

Llegó el papá de Pablo, uno que va en el salón y que siempre lleva el pelo cortado al rape. Es un señor bien broncudo, con unos brazos tan fuertes como troncos de árbol. Y luego luego dijo:

—Pues vamos a romperles su maraca a esos tipos. Vamos a traer de vuelta a *Firpo*, ¿quién me sigue?

Se escuchó un griterío. De pronto estaban todos llenos de coraje y de entusiasmo, hasta querían llevar palos y piedras para reclamar al perro. La de la papelería empuñaba una cubeta y la meneaba sobre su cabeza, como queriendo arrojarla de un momento a otro, a la menor provocación.



—Oigan, un momento. Nomás un momento —dijo don Silvino—. ¿No les parece exagerado? Y además, ni sabemos adónde lo llevaron. Ni sabemos quiénes fueron. Primero hay que organizarnos. Y además, miren, ¿para qué tanto coraje si las cosas las podemos arreglar de otro modo?

Así se calmó la bola de gente un poco. Mientras se limpiaba las manos en el mandil, dijo el carnicero:

—Tiene razón. Podemos arreglarnos. Miren, para que no digan, voy a poner mil pesos para darles una mordida a los que se lo llevaron. ¿Qué les parece?

La gente se rió un poco, pero estuvo de acuerdo con el carnicero. Muchos asentían con la cabeza.



—Mire, señor Damián —dijo don Silvino—, la idea es buena, pero no creo que sea necesario. Ahora que estamos todos unidos, para qué gastar en mordidas. Mejor guárdese ese dinerito para que hagamos una fiesta aquí entre todos cuando *Firpo* esté de vuelta.

—Oiga, don Silvino, a usted nada le gusta —dijo la señora de la mueca, que sé cómo se llama pero se me olvida—. ¿Entonces qué propone que hagamos?

—Tenemos que organizarnos. Primero, díganme, quiero saber: ¿Quién quiere resolver esto de manera pacífica, como se debe? A ver, levanten la mano...

Poco a poco, mucha gente levantó la mano. Don Silvino estaba contento.

—Oye, Manuel —dijo—, tú habla a Locatel para que te digan adónde se llevan a los perros. Luego, tráigase, señora Lucha, papel y pluma, y vamos a hacer una petición de que liberen a *Firpo*.

—¿Y quién va a hacer ese escrito? Y además, ¿para qué va a servir? —dijeron dos o tres señoras.

—Pues yo mero lo escribo. ¿Qué ustedes no saben que yo fui maestro

en mi tierra, allá en Sonora? Vengan ese papel y esa pluma, que sea de tinta negra.

Total, que en menos de una hora ya estaba hecho el escrito, y lo habíamos firmado como trescientas personas. Hasta el borrachito de la calle de junto lo firmó, con mano temblorosa.

—Ya, pues, ¿y luego? —preguntó el papá de Manuel.

—Vámonos a llevarlo usted y yo, con la señora Lucha y la señora Irma. Que sirva de algo ese carrazo que se carga, ¿no? —dijo don Silvino.



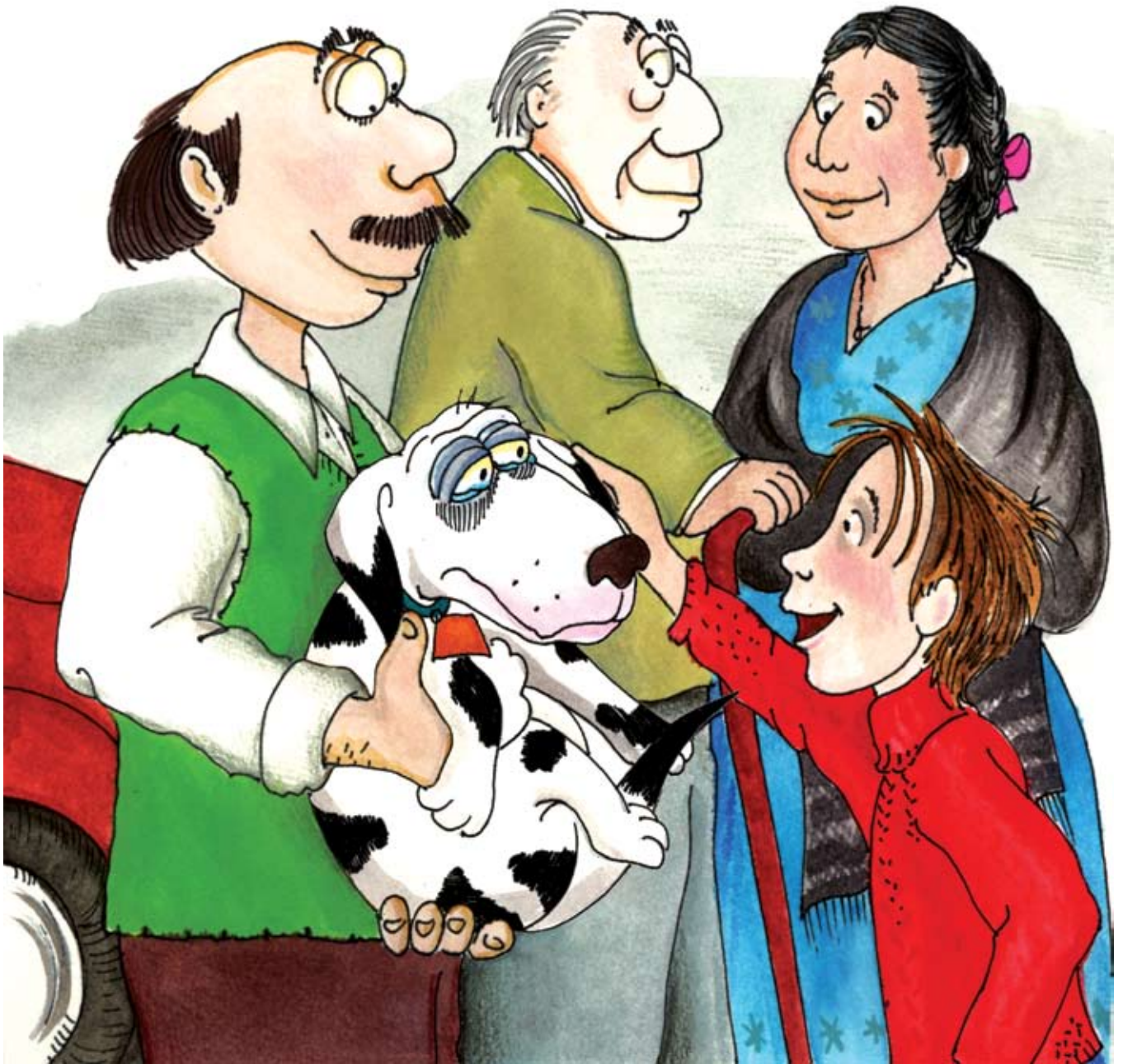
Y se fueron. Nosotros esperábamos, con algo de angustia, la verdad, pero con esperanza. Allí estábamos todos, los grandes platicaban de sus cosas y nosotros jugábamos a *las traes* y nos contábamos chistes. Llegó la noche. Alguien había sacado a la banqueta una mesa y algunas sillas, y los señores grandes jugaban dominó por turnos. Pero la verdad, ya nos



estábamos desesperando. Las señoras ni habían ido a ver su telenovela; o bueno, la veían, pero sólo a ratitos. Los gemelos del 87, los güeros, sacaron una pelota desinflada para jugar fútbol, pero nadie quiso acercarse a ella. Estábamos tensos. De repente Felipe llegó corriendo y

gritó: “Ya vienen, ya vienen”. Vimos cómo se acercaba la camioneta del papá de Manuel. El primero que salió fue don Silvino, luego las señoras, y al último el papá de Manuel, cargando en brazos a *Firpo*. La gente se alegró mucho y empezó a aplaudir.

El perro estaba asustado. Daba pena verlo, tan robusto y tan grande, y tan asustado. —¿Qué le contarían los otros perros en el Antirrábico? —pensé—; ¿le habrían hecho algo? Lo único que había cambiado en él era un collarín nuevo que traía, de donde colgaba una medallita anaranjada: lo habían vacunado contra la rabia.



—¿Qué creen? El que llamó a la camioneta para que se llevaran a Firpo fue ese tipo de la herrería, Marcelo —dijo el papá de Manuel.

Las señoras, al oírlo, gritaban indignadas.

—Vamos a darle una golpiza; ahora nos la paga. Para que no se ande metiendo donde no lo llaman. Además, me cae bien mal —dijo la señora Irma.

De pronto los vecinos estaban enardecidos, gritaban, golpeaban la pared o movían los puños.

—¡Un momento! —gritó don Silvino. Gritó fuerte, para que lo oyeran bien todos.

—¿Y ahora qué? —dijo el papá de Manuel—. ¿A poco no va con nosotros? Si es nomás aquí a la vuelta. Si sólo vamos a darle un susto.

—¿No creen que en vez de andar en pleitos deberíamos estar festejando y alegres? Yo voy a hablar con ese Marcelo. Me respeta, hasta a veces platicamos. ¿No les interesa saber por qué les habló a los del Antirrábico? Los que quieran que vaya a hablar yo con ese hombre, levanten la mano.

La gente estaba dudosa. Pero poco a poco las manos se fueron alzando; entonces don Silvino agradeció el apoyo y se fue.

Firpo ya andaba correteando por allí. Poco a poco fue perdiendo el miedo, y daba gruñidos de satisfacción. Felipe me dio un pelotazo en la cabeza con el balón desinflado que habían sacado los gemelos güeros, porque ya habían comenzado a jugar fútbol. Aunque ya se había hecho de noche, como era viernes, mi mamá me dio permiso de jugar un poco con mis amigos.



Al rato llegó don Silvino; traía tomado del hombro a Marcelo, un señor como de cincuenta años, un poco jorobado y con lentes de fondo de botella. Marcelo traía en los brazos a un niño pequeño, que nos miraba con curiosidad. La gente empezó a cuchichear; algunos veían con coraje a Marcelo, pero don Silvino les pidió que se acercaran y todo el mundo le hizo caso. Yo no podía faltar: recuerden que me encantan los chismes.

—Marcelo ya me contó lo que pasa. A ver, diles, Marcelo.

—Pero si no puedo, Silvino. No me salen las palabras. Me da pena.

—Bueno, yo les voy a decir. De niño, Marcelo fue mordido por un perro grandote, que casi le arranca un pedazo de pierna. Tuvieron que vacunarlos contra la rabia en la panza, durante varios días. Bueno, ahora viene la segunda parte: éste que ven aquí, es su hijo Luisito. Hace una semana, Luisito venía corriendo por la calle, cuando se encontró

con *Firpo*. El niño se asustó muchísimo. Y cuando le contó a su padre lo que había pasado, Marcelo recordó lo que había sufrido en su infancia.

Las señoras comenzaron a menear la cabeza, como diciendo “ah, ya comprendo”.

—Por eso le habló al Antirrábico, porque tuvo miedo de que mordieran a Luisito. Pero para que vea que *Firpo* es un perro pacífico y muy cariñoso que no se mete con nadie, vamos





a proponerle a Marcelo que le acaricie la cabezota a nuestro perro. ¿A poco no está bien?

Todo el mundo estuvo de acuerdo. Marcelo, lleno de miedo, se acercó lentamente a *Firpo*, que estaba echado en la banqueta y meneaba la cola. Por fin, después de un largo rato en que todos nos quedamos muy quietecitos, posó su mano sobre la cabeza arrugada del perro. Con un solo movimiento, *Firpo* de inmediato comenzó a lamer la mano del herbero, a quien se le saltaron las lágrimas, tal vez porque recordó de pronto aquella experiencia triste de su niñez, o sencillamente porque se convenció de pronto de la nobleza de nuestra mascota y porque estaba arrepentido de su denuncia. Eso sí, y lo digo nomás porque no hay que ocultar nunca

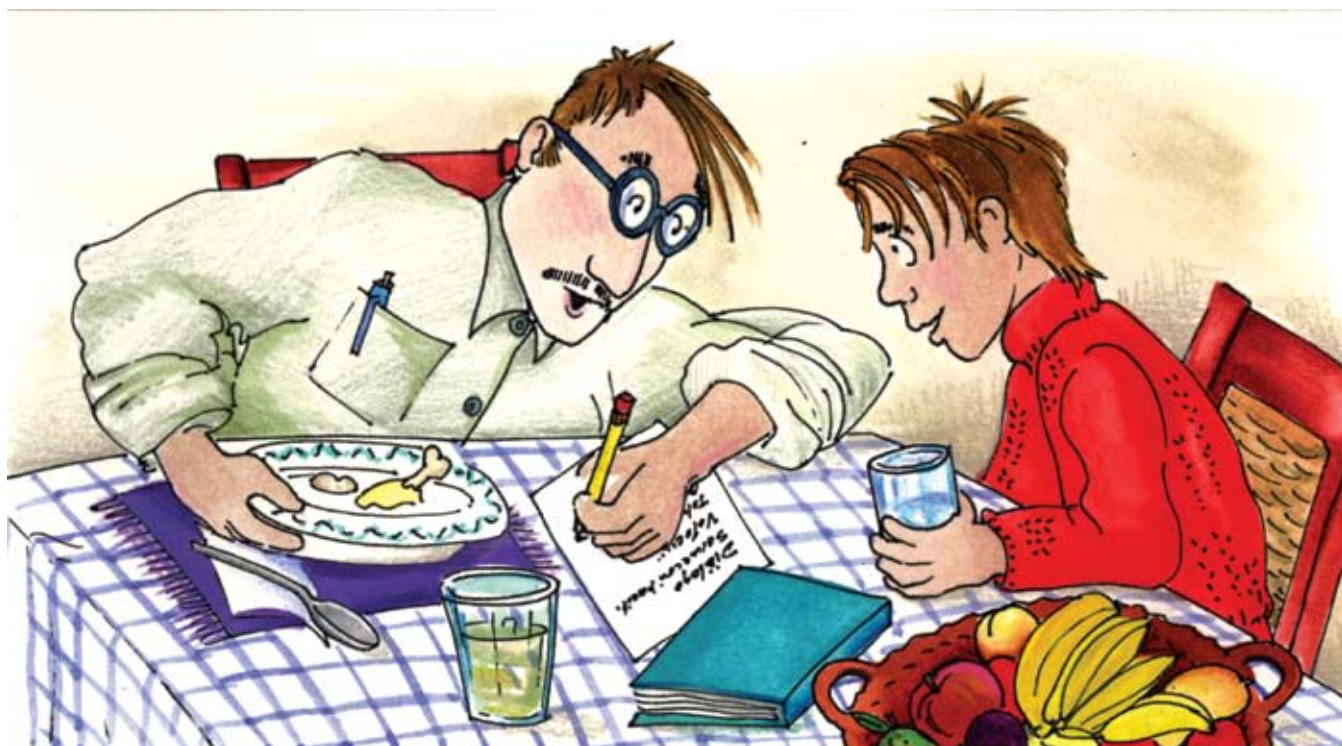
la verdad, que es lo que dice mi mamá: cuando lo agarró descuidado, *Firpo* le meó un zapato al herrero, nomás tantito, y creo que Marcelo ni cuenta se dio.

El caso es que todos estábamos alegres. Tanto que hasta Luisito acariciaba a *Firpo* con mucho entusiasmo, y luego de un rato le rascó la panza, porque el perro se echó patas arriba, sobre su lomo, junto al niño.



Aquella vez, mi papá llegó muy noche; como tuvo mucho trabajo en la fábrica, había doblado turno. Yo le conté todo lo que había pasado, con lujo de detalles. Entonces abrió uno de sus libros, porque está estudiando la preparatoria abierta, y copió en un papel las siguientes palabras:

Diálogo Solución pacífica de los problemas Votación Tolerancia
Organización Elaboración de propuestas



Yo le pregunté qué significaba aquello. Me dijo que allí, casi sin darnos cuenta, habíamos puesto en práctica algunos de los principios de la democracia. Le pedí que me explicara qué significaba eso de democracia, y por qué sabía tanto de ella. Me respondió que estaba estudiando ese tema para un examen, y que además en el sindicato de su fábrica les daban pláticas acerca de sus deberes y derechos como ciudadanos.

—Pero, ¿qué significa democracia? —le volví a preguntar.

—Pues es cuando decidimos entre todos. Es cuando todos podemos decidir lo que se va a hacer. Aquí ocurrió así. ¿O no? —dijo, mientras se comía alegremente su piernota de pollo y el caldo de jitomate le escurría por los cachetes—. Y de las palabras que escribí... no tengas prisa, estás muy chico todavía. Si apenas yo me estoy enterando de lo que quieren decir. Nomás recuérdalas y poco a poco te irás dando cuenta de qué importantes pueden llegar a ser.



Después de esa ocasión, don Silvino nos dio varias pláticas, sobre todo a los niños. Como tenía mucho tiempo, porque estaba jubilado, nos explicaba que no bastaba con que quisiéramos mucho a *Firpo*, sino que teníamos que hacernos responsables de su cuidado. Por eso en el jardincito que tiene la casa de Felipe le construimos una cabañita



con pedazos de madera. Además, el viejito decía que durante muchos años la gente en nuestra colonia no se había podido reunir para organizarse, porque había muchas envidias y malentendidos; que cada quien hacía lo que quería, y si a alguien no le parecía, pues se liaban a golpes como si estuvieran en un ring de box.

Pero desde que pasó eso con *Firpo*, las cosas comenzaron a cambiar. Los que tenían malentendidos, empezaron a platicar unos con otros. Al principio no fue sencillo: todo querían arreglarlo a golpes. Pero con el paso del tiempo, y sobre todo cuando intervenían señoras de carácter fuerte como la señora Marta, que no dejaba que la sangre llegara al río, como dicen, los malentendidos se fueron arreglando; para que no hubiera

envidias, los más ricos, cuando hacían fiesta, invitaban también a los más pobres; y los que no se podían ni ver, al final hasta terminaban siendo amigos.

La colonia se comenzó a ver bonita, porque la gente se organizó para pintar las casas, y para poner adornos, y para plantar árboles. Cuando había que tomar una decisión, se reunían, primero en la mera calle y luego en la escuela, donde les prestaban un salón, por ejemplo, cuando llovía.

Como sabían que estábamos organizados, dejaron de llegar vagos del barrio de junto, y hasta se veían



menos borrachos por la calle. Cuando nos visitaban los candidatos, se sorprendían a la hora que les entregaban una lista muy bien hehecita con las necesidades de la colonia.

Total, pasó el tiempo. A los dos años, a mi papá le dieron en la fábrica un crédito para comprar una casita, y nos tuvimos que cambiar lejos de allí. Pero siempre recuerdo con mucha alegría cómo cambió la colonia donde yo vivía gracias a don Silvino, a la democracia, y gracias a un perro blanco con manchitas, un perro amigo mío al que recuerdo mucho y que se llamaba *Firpo*.



COMO LOS GORILAS

Jesús Durán Méndez

— 2 QW
baila



¿Quieres unirte con nosotros?



—preguntó la maestra Tranquis.

—Por supuesto que no —respondió Lupita.

Sin embargo, las dos sabían que su corazón, sus manos y todo su pequeño cuerpo gritaban ¡sí, sí! ¡me encantaría hacerlo!

No tuvo que pensarlo dos veces la maestra Tranquis para aceptar el ofrecimiento que le hicieron de dar clase a un grupo de primer grado,

en el turno vespertino, ahí en la misma escuela primaria en la que trabajaba por las mañanas. Iba a ser algo pesado, ya que el grupo al que daba clase en el turno matutino era de sexto año y bastante numeroso. Sin embargo, sabía muy bien que aquel dinero extra que ganaría le sería muy útil para continuar con la construcción de su casa.

Ver su casa terminada significaba el más grande sueño, de ella y de su inseparable esposo. Además, ese sueldo también ayudaría para seguir solventando los gastos de la escuela de sus dos hijos, en los cuales, como toda buena madre, tenía puestas grandes esperanzas. De tal manera que aceptó, y en muy poco tiempo ya estaba al frente de aquel pequeño pero muy especial grupo.





El “primero A” del turno vespertino estaba formado por nueve alumnos, cinco niñas y cuatro niños; todos ellos rebasaban los siete años, y alguno ya se acercaba a los nueve, lo cual no es muy común para ir en primer grado. Sin embargo, la maestra Tranquis tomó todo con mucha calma y decidió, primero que nada, dedicar algo de tiempo a conocerlos un poco mejor.

Javier era el más grande de todos ellos, un buen estudiante, pero muy peleonero, y por eso lo habían expulsado de varias escuelas; por ahora traía un pique algo fuerte con algunos niños de quinto año. El problema



comenzó un día en que descubrió que tres o cuatro niños de aquel grupo se burlaban de Lupita y la molestaban. La verdad, podía soportar lo que fuera menos que se metieran con ella, así que aquella tarde simplemente se aventó a patadas contra todos aquellos baquetones, como él les decía.



Luis y Raúl eran un desastre. Cuando estaban juntos no hacían más que echar relajo y se la pasaban vacilando a las niñas. Por eso la maestra los separó en el salón, y entonces, desde lejos, se la pasaban aventándose papeles y cosas. Un día Luis le lanzó a Raúl un pedazo de gis que encontró bajo su silla, pero su puntería fue tan mala que el gis cayó directo en la cabeza de la maestra Tranquis, y él fue a parar directo a la Dirección.

Carlos y Monse casi no le hacían caso a nadie, porque ellos dos se la pasaban juntos todo el tiempo, hasta se reunían para hacer la tarea; en el salón se sospechaba que eran novios.



Tania, María Fernanda y Diana eran unas verdaderas comadres, todo el día, pero todo el día, se la pasaban platicando: que si a Tania le gustaba tal niño; pero que a Fernanda se le había declarado tal otro; pero que si Javier era el más guapo de toda la escuela. Bueno, algo sí había que reconocerles: que siempre estaban al pendiente de lo que se le ofreciera a Lupita.





Lupita nunca supo lo que es caminar. Nació con un mal que no permitió que sus piernas se desarrollaran, así que desde siempre ella se había desplazado en silla de ruedas. De cualquier manera, era una niña feliz, vivía con su mamá y con su abuelita Tina. Le encantaban las enchiladas de mole con pollo y algunas veces, cuando nadie la veía, cogía una enchilada completita y se

la aventaba por debajo de la mesa a *Capitán*, el enorme perro que era su mascota desde hacía más o menos dos años.

Un día, cuando Lupita tenía tres años de edad, paseaba en el carro con sus papás. Como siempre, iba en el asiento trasero, en una linda silla que su papá le había acondicionado para que fuera bien sentada y segura; además, desde ahí podía ver todo lo que sucedía durante el

camino. Así que pudo ver muy bien cuando un enorme camión de carga, sin frenos y sin control alguno, se fue a estrellar directo contra ellos.

El carro dio muchas vueltas, y ellos se golpearon varias veces, en todo el cuerpo. Lupita, para colmo de la vida, sufrió fracturas en sus pequeñas piernas. Su papá no tuvo mayores daños. Su mamá fue la más afectada, y por una grave lesión en la columna ya no pudo volver a caminar. Desde entonces, también usaba silla de ruedas.

Con este grupo de inquietos niños, el trabajo era para la maestra Tranquis mucho más duro de lo que hubiera imaginado. Ahora entendía por qué la maestra anterior había salido casi huyendo. Sin embargo, ella tenía un corazón fuerte, y era una buena maestra. Tendría que sacarlos adelante, a como diera lugar.

En una ocasión, hubo una junta de maestros en la que se les notificó a todos ellos que la maestra Sarita había decidido retirarse, así que para despedirla se organizaría un festival en el que deberían participar todos

los grupos con un número artístico, un bailable, una canción, una poesía o lo que fuera.

—Tendrán tres semanas para prepararlo —dijo la maestra directora—, y espero que sea un excelente festival, digno de tan importante acontecimiento. —Sin pensarlo demasiado, volteó hacia donde se hallaba la maestra Tranquis y le dijo:— En cuanto a su grupo, maestra, no se preocupe, si usted desea que ellos no participen en el festival, nosotros la entenderemos, sabemos que es un grupo difícil, y ya bastante trabajo tiene con enseñarles a leer y escribir.



Antes de responder, la maestra Tranquis tuvo que contar hasta diez; después, viendo a los ojos a la maestra directora, le dijo:

—La parte más difícil de mi trabajo ha sido convencer a mis niños de que ellos tienen el mismo valor que los alumnos de cualquier otro grupo; de tal manera que ahora me es imposible decirles que no participarán en el festival, porque no tengo ninguna razón que lo justifique. Además, me gustaría que sus papás los vieran bailar, porque estoy segura de que es algo que nunca han hecho, y creo que podemos preparar una buena presentación.

—Bien, maestra, si usted así lo decide, pues adelante —concluyó la maestra directora.

Sería imposible enumerar todas las proezas que tuvo que hacer la maestra Tranquis para convencer, primero a sus alumnos de que bailaran, y después a los papás de éstos para que les permitieran hacerlo.

A Javier le daba pena que lo vieran las niñas de cuarto año.

Luis nunca haría eso: eran cosas de niñas.

A Raúl de seguro no le iban a dar permiso, porque sus papás no tenían dinero para comprar el traje.

A las comadres les encantaba la idea de bailar, siempre y cuando pudieran vestirse como la Trevi e interpretar una de sus canciones.

A Carlos y Monse les daba igual, pero si era a fuerza, pues que los dejaran bailar en pareja.

Y más tarde, aún hubo que escuchar a los papás:

—Y, ¿para qué bailar? ¿Pues qué no vienen aquí para aprender a escribir?

—¿Cuánto nos va a costar el chistecito, maestra? Nosotros no tenemos dinero para andar gastando en esas cosas.



—¿Y por qué no vamos a la delegación, a ver si ellos nos ayudan económicamente con el traje para el bailable?

—Pero, ¿qué usted les va a pagar el traje, maestra?

—Mejor pónganse a estudiar, eso es lo que deben hacer.

Lo que hizo y dijo la maestra Tranquis para convencer a todos, no se puede describir, porque esos son secretos que sólo saben las maestras. Pero dos días después, ya estaban ensayando un movido y contagioso baile, llamado “Como los gorilas”.

Fue muy grato para la maestra descubrir el enorme talento que había en el grupo, pronto pudo darse cuenta de que presentarían un número muy vistoso y divertido. Sólo un detalle la entristecía, cada vez que volteaba hacia donde se encontraba Lupita, en su silla de ruedas, por allá, en aquella esquina a la que siempre se dirigía cuando comenzaban los ensayos y desde donde veía con tristeza y ansiedad a sus compañeros.

La maestra Tranquis pensó mucho tiempo acerca de lo que iba a hacer; de hecho, por momentos se arrepentía. Sin embargo, en uno de esos arranques que tienen algunas personas, en mitad del ensayo fue

hasta el rincón donde estaba Lupita, y le preguntó:

—¿Quieres bailar con nosotros?

—Por supuesto que no —respondió Lupita.

Sin embargo, las dos sabían que su corazón, sus manos y todo su pequeño cuerpo gritaban ¡sí, sí! ¡me encantaría hacerlo!



Así que después de discutirlo un rato, decidieron, junto con el resto del grupo, que Lupita también bailarían y que ese sería un gran secreto entre ellos.

A las *comadres*, sobre todo, les hicieron jurar que no se lo contarían a nadie.

Y comenzaron a ensayar dentro de su propio salón, a puerta cerrada y ventanas tapadas, para que nadie supiera de la gran sorpresa que preparaban.

Sólo hacía falta conseguir el permiso de dos personas más, los papás de Lupita, quienes, por supuesto, se negaron rotundamente a permitir semejante barbaridad.

Fue la mamá de Lupita quien poco a poco comenzó a ceder, ante la insistencia de la maestra, no sin antes preguntar todo tipo de cosas.



—¿Está usted segura de que esto es bueno para Lupita?

—Mire maestra, Lupita es una niña que ha sufrido mucho –insistía–. No quiero que vaya a pasar por una desilusión. ¿No le iremos a hacer un mal?

En realidad, ella misma sabía la respuesta a todas sus preguntas, sin embargo, la maestra esperó pacientemente a que superara sus propios temores, con la seguridad de que finalmente les permitiría seguir ensayando.

Por otro lado, estaba la abuelita Tina, quien era la más feliz con la idea del bailable. Ella conocía de sobra el gusto de Lupita por el canto y el baile, y esta era una muy buena oportunidad para demostrarlo.

El papá de Lupita nunca aceptó la idea. Gritó, amenazó, pateó y manoteó, insistiendo en que no era correcto. Dijo que nunca lo permitiría y salió enojadísimo de su casa.

El día del festival llegó, y trajo consigo todos los imprevistos de siempre: que la maestra Cuquita enfermó, que no podía asistir, y ella era quien iba a dirigir la ceremonia; que el sonido estaba fallando del mismo fusible que había fallado desde hacía 20 años; que la maestra Rosita estaba

enojadísima porque no la invitaron a sentarse en la mesa de honor. Total, poco a poco todo se fue solucionando, y unos 25 minutos más tarde de lo planeado, pudieron comenzar.

El festival dio inicio con unas interminables y sentidas palabras de la maestra directora, quien despidió a la maestra Sarita como si fuera a irse para siempre de este mundo.



Después comenzaron los bailables de los grupos de sexto, de quinto y de tercer grado, a lo largo de los cuales el público, como siempre, empezó a perder el interés. Sólo los papás de los alumnos del grupo en turno gritaban e intentaban hacer la fiesta en grande, pero nadie más les seguía la corriente.

El grupo de segundo grado presentó una poesía coral, por supuesto reconociendo todos los años de dedicación y esfuerzo de la maestra Sarita, quien después de dos o tres lágrimas, ya lo único que deseaba era que todo terminara para poder irse de una buena vez a su casa.

Entonces, tocó el turno al grupo de primer grado. Los niños, un poco nerviosos, fueron a tomar su sitio para comenzar con su número. El público, en general, ya había perdido la atención de lo que sucedía en el centro del patio. Lupita fue a una esquina en donde prácticamente nadie la veía, sólo su mamá, quien no le quitaba los ojos de encima.

Se escuchó entonces el tema “Como los gorilas”, y los pequeños comenzaron a bailar, haciendo extraños sonidos y movimientos, que de cualquier manera no lograban cautivar a los asistentes.

Nadie notó cuando la maestra Tranquis se levantó de su lugar. Tampoco vieron que se dirigió hacia aquella esquina en donde se encontraba Lupita en su silla de ruedas, en una actitud entre distraída y aterrorizada, con los ojos muy fijos en algún lugar lejos de este planeta.

—Lupita, quítate el abrigo —le dijo la maestra.

—Ms nsu prne sta —intentó responder Lupita, pero el estado de *shock* en que se encontraba no le permitía articular correctamente ni una sola palabra.

Así que a jalones y estirones, la maestra le quitó el abrigo. Debajo, Lupita llevaba una preciosa blusa de colores brillantes, especialmente confeccionada por su abuelita Tina para esta ocasión. Además, vestía una falda blanca, igual que todas sus compañeras, y aquellos relucientes zapatitos blancos.



La maestra Tranquis tomó la silla de ruedas y, respirando profundamente, se dirigió con ella hasta el centro de la pista, en donde se presentaba el bailable. Lupita iba más que aterrada, con sus pequeñas y temblorosas manos literalmente agarradas a los tubos de su silla, y sus ojitos llenos de lágrimas que aparecieron en el momento menos oportuno.

Cuando las personas vieron aquel inesperado hecho, entonces sí, de inmediato fijaron su atención en Lupita.

Se pudo sentir cierta inquietud y desaprobación.

Algunos padres de familia incluso se mostraron molestos.

—¿Qué le pasa a esta maestra? —dijeron.

—¿Acaso quiere humillar a la niña en público?



La maestra directora se sintió ofendida por un instante, porque nadie le había notificado de este sorpresivo asunto. —Más tarde —se dijo— reprenderé a la maestra Tranquis por su falta de responsabilidad.

Al mismo tiempo, el padre de Lupita estaba tan avergonzado y moles-



to, que deseaba desaparecer súbitamente. Casi echaba fuego por los ojos cuando volteaba a ver a la mamá de Lupita, la cual se notaba de verdad apenada, e incluso arrepentida por haber seguido adelante con aquella mala idea.

—Si todos sabemos que estas cosas no son para Lupita —pensó. Sin embargo, su mirada seguía fija en cada movimiento que hacía su pequeña hija.

Mientras tanto, sentados en el piso, los pequeños habían formado algo que intentaba ser un círculo, hasta el centro del cual llegó la maestra Tranquis con Lupita.



Ahora, desde su asiento, la niña veía las caritas de sus amigos, que desde allá abajo le sonreían con alegría, intentando animarla para que diera alguna señal y continuar todos con aquel gran número. Pero Lupita estaba distante, por un segundo no sucedió nada y los niños, también, sintieron un poco de temor.

Detrás de la silla, la maestra Tranquis decía, con voz casi imperceptible, más bien como hablando para sí misma: —Vamos Lupita, vamos, tú puedes, hazlo ya.



Nunca nadie sabrá lo que pensó Lupita en ese momento, pero todos vieron sorprendidos cuando suave y lentamente se soltó de aquellos tubos, subió los brazos lo más arriba que pudo, casi hasta el cielo y, siguiendo el contagioso ritmo de merengue, comenzó a bailar con todas aquellas partes de su cuerpo con las que sí podía hacerlo.

Entre los espectadores hubo un silencio instantáneo. Sin embargo, un indescriptible estremecimiento recorrió la espalda y las mejillas de todos y cada uno de ellos. Nadie deseaba ocultar la enorme emoción que sentía, así que, sobreponiéndose a aquel nudo que se hallaba en su garganta, casi al unísono, lanzaron todos un gran grito de júbilo, acompañado de cantos y silbidos, que ya no cesaron durante todo el tiempo que duró la canción “Como los gorilas”.

Desde su lugar todos bailaban, mientras marcaban el ritmo con sus palmas, contagiados por una enorme sonrisa que iluminaba el rostro de Lupita.

En medio de tal algarabía, el viejo aparato de sonido ya no se escuchaba, pero no hacía falta, la música salía del corazón de todos los presentes.

En ese momento, el resto del grupo se levantó del piso y continuó con aquella maravillosa coreografía, de la cual Lupita era la bailarina principal.

Se miraban asombrados unos a otros, pues nunca se habían sentido parte de un acontecimiento tan importante, ni siquiera en el día de su cumpleaños.

La maestra Tranquis, por su parte, marcaba ágilmente el ritmo a sus alumnos, mientras hacía rodar la silla hacia un lado y hacia el otro, per-



mitiendo a Lupita toda la libertad que necesitaba para lucirse con los graciosos movimientos de su cuerpo. Llevaba también una hermosa sonrisa en el rostro, igual de linda que la de Lupita, sin embargo, por sus mejillas corrían largos ríos de lágrimas que le llegaban hasta el cuello, y que parecían aumentar con cada movimiento de sus niños.

Es difícil imaginar cómo se integraba el movimiento de todas aquellas pequeñas piernas y brazos con el girar de las ruedas de la silla. De hecho, es difícil imaginar todo el espectáculo.

Pero no lo es tanto cuando se piensa en ocho niños de más o menos siete años, cuatro preciosas niñas muy bien peinadas y maquilladas, y cuatro gentiles y apuestos chaparros, todos vestidos en colores muy festivos, moviéndose en fila india, subiendo y bajando los brazos, como los gorilas, avanzando, algunos enchuecando los pies, otros agachados o encorvados, haciendo feroces caras que podían ocasionar que uno se doblara de la risa, siguiendo a una dulce maestra que, empujando una silla de ruedas, les mostraba el camino de la ilusión y la felicidad, apoyada en el enorme corazón de la más pequeña de sus alumnas.

Cuando terminó el bailable, algunos continuaron aplaudiendo por largo rato, mientras otros secaban una que otra lágrima que habían dejado escapar.

La maestra directora no atinaba a hacer o a decir nada, sólo sollozaba. Las mamás de los alumnos de primer grado eran las más orgullosas

del mundo, especialmente la mamá de Lupita, quien miraba al cielo y decía: ¡Gracias, gracias!

Los festejos para la maestra Sarita continuaron por un rato más y ella se mostró muy feliz durante el tiempo en que esto sucedió.

Cuando llegó la hora de partir, se despidió de cada uno de los asistentes, de la maestra directora, de los padres de la mesa directiva, del personal de la escuela, de sus compañeros maestros, de los alumnos, y particularmente de la maestra Tranquis, a quien además le dijo al oído: —Maestra, usted le ha regalado a Lupita el día más feliz de su vida, y ese también ha sido mi mejor regalo.

Las semanas pasaron y todo volvió a ser normal en la escuela: Raúl y Luis inventando todo tipo de maldades para molestar a sus compañeras; Javier, peleando con los niños de otros grados; la maestra Tranquis, haciendo tremendos corajes porque alguno del grupo se distraía durante las lecciones.

Sin embargo, existía un detalle realmente importante: en menos de quince días después del festival, a lo largo y ancho de la escuela, habían

sido instaladas las rampas para sillas de ruedas por las que tanto había luchado la maestra Tranquis. Así que ahora Lupita podía ir y venir para todos lados, con plena libertad.



Fue de esta manera que aquel día llegó por sí misma hasta el salón. Era la hora del recreo, sabía muy bien que allí se encontraba la maestra Tranquis.

—Hola, maestra —la saludó.

—Hola, Lupita, ¿qué haces aquí?, ¿no deberías estar jugando en el patio, con tus compañeros?



—Sí, maestra, pero quiero preguntarle algo.

—Muy bien, dime, ¿de qué se trata?

Lupita dibujó aquella enorme sonrisa que tan bonita la hacía lucir, y preguntó:

—¿Usted ha escuchado la canción de “La bomba”?

—Sí, Lupita, sí la he escuchado —respondió la maestra Tranquis, mientras acomodaba algunos libros debajo de su escritorio.

—Maestra, y... ya viene el festival del 10 de mayo, ¿verdad?

—Así es —respondió otra vez la maestra, mientras, sonriendo, salía de abajo del escritorio para preguntarle a Lupita qué era exactamente lo que quería decir.

Pero Lupita ya no estaba.

Pudo verla a lo lejos, cuando bajaba a toda velocidad por una de aquellas rampas.

Aún sonreía.



La democracia y un perro blanco con manchitas negras y *Como los gorilas* terminó de imprimirse en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, colonia Felipe Pescador, en el mes de diciembre de 2003. Las ilustraciones son obra de Guadalupe Sánchez Sosa y el cuidado de la edición estuvo a cargo de Nilda Ibarguren, técnica especializada “A”. El tiraje fue de 6 000 ejemplares impresos en papel bond de 75 gramos y forros en cartulina couché mate de 210 gramos. Se utilizó la fuente tipográfica Futura.

Esta obra se difunde en formato pdf en la Biblioteca Electrónica del Instituto Electoral del Distrito Federal desde el 1º de julio de 2010.

